

Las formas del olvido

LAS FORMAS DEL OLVIDO

Primera edición: octubre 2025

Derechos de autor: Diego L. Monachelli

Ilustración de cubierta: Carlos López (@mr_legaz)

Diseño de cubierta: Estudio Casao -Terrazas

Edición: Editorial Graviola

Virgilio González Briceño y Daniel Franco Sánchez

Diseño interior: Editorial Graviola

Ilustración página de autor: Pedro Coiro

Fotografías de interior encontradas

entre los papeles de Helmut Brodovsky:

-(de izquierda a derecha) Clemente, Ángel, Anneris. Sin datos.

-Ángel a caballo. Sin datos.

ISBN: 978-84-097659-7-3

Depósito legal: DL NA 2376-2025

Queda prohibida cualquier reproducción, distribución, transformación, comunicación o venta no autorizada por el autor, excepto las previstas por la ley.

LAS FORMAS DEL OLVIDO

Diego L. Monachelli



ÍNDICE

A MODO DE INTRODUCCIÓN	15
NOTA PRELIMINAR	43
11 DE MARZO	47
24 DE MARZO	49
08 DE ABRIL	52
29 DE ABRIL	63
SIN FECHA	81
SIN FECHA	87
11 DE MAYO	89
19 DE MAYO	96
SIN FECHA	106
3 DE JUNIO	111
7 DE JUNIO	118
16 DE JUNIO	120
16 DE AGOSTO	137
22 DE AGOSTO	152
23 DE AGOSTO	154
24 DE AGOSTO	161
31 DE AGOSTO	164

SIN FECHA	177
SIN FECHA	180
SIN FECHA	184

A Anneris Amaltea, amoroso guardián
de nuestras vidas.
A Paulina, la mujer de las mañanas perdidas.

*Llega el momento en que algo sin importancia, sin sentido,
nos obliga a despertar y mirar las cosas tal como son.*

Juan Carlos Onetti

*...Después, naturalmente, dejó de escribir.
Una cosa es el verde en la naturaleza y otra en la literatura.
La naturaleza y las letras parecen tenerse una natural antipatía;
basta juntarlas para que se hagan pedazos.*

Virginia Woolf



A MODO DE INTRODUCCIÓN

Conocer el verdadero origen de las cosas es algo que a todos nos está vedado, quizás por eso estamos abocados a su búsqueda aunque sepamos que por recompensa sólo obtendremos el fracaso. Esto mismo, estas líneas que pretenden ser el inicio de alguna cosa, en realidad no son más que la continuidad indescifrable, la inagotable prolongación de múltiples e insignificantes circunstancias.

Sí, a todos nos está vedado conocer el verdadero origen de las cosas. Pero aún así, uno debe insistir en la falaz y arrogante presunción de decir: “Todo comenzó cuando...”, aunque esto suponga un despropósito, una violación del misterio. Todo es pretérito. Todo acontece en el pasado, y nada en este devenir errante es un punto de partida inequívoco; siempre hay algo anterior, una consecuencia de una acción que escapa a nuestro conocimiento, de nuestra voluntad. Algo que es ajeno a nuestra propia vida, si es que algo propio existe.

Los rituales son necesarios, pero ninguna celebración es apropiada. Elegimos y señalamos un día cualquiera, que a nuestros sentidos se presenta como dichoso o aborrecible, y en ese instante le hacemos una herida al tiempo,

una marca, para darle sentido a nuestro transcurrir. Pretender, por ejemplo, que el día en el que nacimos es el comienzo de nuestra propia existencia no es más que otro gran error de cálculo. Nosotros comenzamos mucho antes, en un paisaje arcano e inimaginable.

El misterio de todo comienzo es inexpugnable, por eso debo comenzar por cualquier parte; luego vendrá el trabajo. Entonces podría decir que “fue detrás de la casa, en la otra orilla del sencillo huerto que la divide en dos, donde supo haber en otro tiempo un gallinero, ahora diminuta habitación en la que apenas cabe su cama y una mesa de noche sobre la que se apilan unos pocos libros que jamás alcanzan a cubrirse de polvo, y más allá, detrás, en el ángulo en el que se cruzan las paredes, el poncho que cubre la escopeta”.

Es apenas una imagen estática y silenciosa, concentrada en el cálido aroma del mate recién cebado, en el cansado ritmo de un aliento que se agota, pero resiste en beligerancia. Un techo de arpillera, panzón en su humilde vanidad, busca relajarse hacia las baldosas sueltas del piso, o toma fuerzas para no caer y asirse a las chapas oxidadas y las cuatro vigas de madera que las sostienen, que esconden arañas, polvo y tiempo. Sujeciones de un transcurrir modelado a mano, a golpe seco de hacha y graznar de sierras, transportadas a hombros fuertes y laboriosos aún, montadas sobre el hueco gris de los ladrillos, tan grises como los días que se irían desvaneciendo a su amparo.

Lo cierto es que no fue ahí donde aprendí la muerte. Fue mucho después, en otros paisajes menos amables y apacibles. Pero sí fue ahí, en ese cuarto, donde supe de la tenaz continuidad de la vida y de la humilde resistencia que podemos ofrecer.

El peregrinar caótico y voraz, con sutiles encantos, hallaba su culminación en un punto casi inmóvil, donde se enmarañan e inflaman los rostros, los sitios y el tiempo que esos pies -esos que ahora se rozan uno contra el otro debajo de una manta tejida a mano- hubieron de transitar y parir sin renuencia. Como sucediera con él y según confirmó, por doce pesetas con cincuenta, el certificado de la embajada de España (Una, Grande, Libre), sección de asuntos consulares de Buenos Aires: “Don Ángel Gómez Varela. Nacido en San Jorge, provincia de Lugo, el 5 de abril de 1888”. Y agrega, con la misma frialdad y desidia con que se les cuelga a los muertos el nombre, sin decir nada acerca de la vida: “Profesión: jornalero. Estado: soltero. Residente en Tandil, provincia de Buenos Aires”.

Un sello, casi una mancha ininteligible confundiéndose con las plumas del águila que sostiene el escudo de aquella patria. Luego un breve silencio en el papel, un garabato que desciende hacia el final, otro nombre y, más abajo aún, la “firma del interesado”. Letra a letra dibujados el nombre y los apellidos, palpable la delicada lentitud en la tinta, la perfecta curva de la A que atraviesa la línea punteada y que baja y sube, perdiendo grosor, desapareciendo en el gesto de la mano firme, de los dedos gruesos modelados por el campo y rejuvenecidos ahora por los libros y la postración última. Cada letra como un claro destino, decidido a no ser sumiso en el olvido, orgulloso trazo de los días y las horas manoseado por parientes, miedos y secretos, modificado por las formas de lo que vendrá, de aquello que desató esta necesidad de palabras, de un orden, del destierro del olvido. Este es el recuerdo que me ha forjado, porque cuando él rindió su vida, yo apenas tenía cuatro años.

Lo primero es el rostro y la voz de Anneris Amaltea, sobrina de Ángel, tía de mi madre. Tía Nelly para todos, para siempre. Memoria omnisciente y voz narradora de la compleja trama de los días que fueron. Sus vidas -la de ella y la de Ángel Varela- transcurrieron inseparables, incluso unos pocos años salvando la distancia. Distancia que fue incapaz de engendrar lejanía. Trabajaron juntos los campos de Cerro de Leones, Cerro Largo y La Porteña. A lomo de caballo arrearon el ganado, y acortaron las leguas a Tandil los domingos de primavera para descansar de tanta tierra y así, al día siguiente, poder labrar los campos otra vez. La tía Nelly siempre conservó muchos recuerdos vívidamente, pero hay uno que tal vez podría ser esa cosa que llamamos comienzos y que ahora me arriesgo a ordenar, con la imposibilidad dolorosa e irreparable de su ausencia y mi anárquica memoria desde un rincón de esta España (ya no tan una, ya no tan grande, ya no tan libre).

Ella solía contarme la breve anécdota con alegría, como si supiera algo que yo era incapaz de entender, algo intangible que pronto me pertenecería, si no es que lo hacía ya. Y escribo esto conociendo los riesgos de que me conjeturen enredado en pensamientos mágicos, rozando el misticismo o lo metafísico; pero nada más lejos de todo eso. Por esta razón y no por otra, intento resolver mi torpeza literaria con la sencillez de los hechos, una breve cronología, ya despojada de lo superfluo y que tal vez oscurezca más eso que hay de intransmisible en las vivencias. Allá aquellos que lo crean un artificio.

Siempre la iniciaba con una interjección, un “ay” relajado, casi un suspiro al que le seguía enlazado el diminutivo de mi nombre como un gesto de ternura. Luego señalaba con sus dedos reumáticos hacia la puerta,

el portillo verde chillón y los tres escalones de piedra. Me hacía retroceder a un tiempo desconocido para mí. Contaba que después de colmarlos de besos, a ella y al tío Clemente, me bajaba de los brazos de mi madre para correr y colgarme de las cortinas de plástico multicolor. Pero esto duraba poco, ansiosa como estaba ella por contar una vez más la carrera inevitable que hacía aquel yo infantil atravesando el comedor y la cocina, saliendo al patio y a la quinta donde me entretenía hasta la renuncia persiguiendo al tero que la custodiaba. El “ay” se repetía, un poco más severo para transformarse en una sonrisa dulce acompañada por el vaivén de la mano abierta, confundándose en caricia sobre mi mano, y como lo hiciera antes con mi nombre, en el mismo impulso de la interjección pronunciaba “Clemente”, sus ganas de salir y correr detrás de mí para darme dos chirlos por el pisoteo de tantas plantas:

—Pero nos reíamos, nos quedábamos con las caras pegadas al vidrio de la puerta viéndote ir y venir hasta el cansancio detrás del pobre tero. Después, mientras caminabas hacia el fondo con los pies llenos de tierra, gritabas: “¡Tío!”, te colgabas del picaporte y entrabas parlotando. Todos sabíamos que, mientras durara nuestra ronda de mates y la charla, no te volveríamos a ver si no íbamos a buscarte.

La gracia de su gesto se hacía triste después de decir *cuartucho*, *viejito* o *enfermo*. Los diminutivos siempre parecían oficiar de atenuantes para lo inevitable, lo doloroso, de énfasis en la ternura y el cariño. Y con su voz confidente, inmutable:

—Cuando te ibas, él salía al pasillito, pasaba la puerta de chapa del baño y se sentaba bajo la parra. Antes sabía

pasar horas ahí, leyendo y sobándole el lomo al Harapos, un cusco silencioso y desconfiado que había rescatado de algún baldío. Después de tus visitas siempre parecía recompuesto, más sano. Yo salía de la cocina al patiecito y me quedaba ahí parada, apoyada en el marco de la puerta, mirándolo desde la otra orilla de la quinta. Después iba y me sentaba a su lado y le preguntaba: “Tío, ¿de qué hablan?”, y él me respondía: “De la vida, Nelly, de las cosas de la vida... y yo le explico. Y le enseño a hablar sin faltas de ortografía”. Después sonreía; si era época, arrancaba algunas uvas y comía en silencio.

Recuerdos. Lo que daría yo por recuperar eso que me pertenece y la memoria caprichosamente me niega. Pero así es y ahí está, el primer recuerdo de Ángel Varela esculpido por la gracia y la paciencia de la tía Nelly.

Después vendrían otras historias, contadas ya lejos de aquellos días agónicos que llevaron al tío Ángel al “camposanto” como dicen que gustaba de decir con cierta sorna. Al parecer, hacia 1906, con 18 años y bajo el régimen de la primera restauración borbónica, con Alfonso XIII al poder y en conflicto con Antonio Maura, decidió desertar del servicio militar o algún análogo de la época, sin que puedan contarse más detalles. La tradición oral de la familia contaba -cuenta aún- que a pesar de su fascinación y de la gran destreza con las armas, fue un entusiasta detractor de las fuerzas armadas, un adepto a la no-violencia o un pacifista, aunque quizás los llamaran de cualquier otra manera por entonces. Al parecer, y por esta misma razón, salió para América con el documento de identidad de su hermano menor. Una América que se le redujo bajo los pies, pues no hay registro de ningún tipo que certifique fehacientemente otros viajes, con la

excepción de una breve estancia en Buenos Aires al llegar. Luego, Tandil, en el cerro La Porteña, para ser exactos, y hacia el final de sus años, Mar del Plata, donde definitivamente le dio muerte la muerte.

Aquella entrañable costumbre de las visitas vespertinas a la tía Nelly, del mate de las cinco y las conversaciones, se iría diluyendo. Para ella, era el tiempo manso de la espera. A mí me aguardaban viajes, estudios, excesos. Servil a mis apetitos, me dejé llevar por ellos sin saber hasta hoy cuál de estos arrebatos me empujaba al siguiente. Lo cierto es que durante esos largos años de extravío y lejanía, nunca desapareció de mí la cálida sensación de cobijo sentado a su mesa, al amparo de las risas y los recuerdos.

Al volver de todo aquello, tan lentamente como me había alejado, sólo ella, la tía Nelly, se sentaba ahora por las tardes buscando el sol a través de la ventana, en la contemplación de la mesa agigantada por la ausencia. Nunca me atreví a preguntarle por qué no habían tenido hijos. Jamás se habló de eso y todos respetamos ese callar. De todas maneras, siempre fue, para mis padres, madre generosa; para mi hermana y para mí, abuela tierna y memoriosa que todavía invocamos.

Quizás movida por la soledad o por el tiempo perezoso que transcurría ahora, una de aquellas tardes me pidió, animada y jovial, que la ayudara a vaciar un armario con la excusa de hacer limpieza y encontrar algo que desde hacía tiempo guardaba para mí.

La habitación era pequeña, húmeda y fría, con sólo dos camas y un montón de cajas apiladas. Detrás de la puerta, la escopeta del tío Ángel. Desde la ventana se veía la quinta, evidencia de su propio mundo reducido, pero no agotado, con pastos crecidos y un pequeño

rincón resistiendo aún, cañas tutoras de tomates, flores de zapallos sin tero que se paseara entre ellas. Al otro lado, detrás, el viejo gallinero que luego hubo de ser el “cuartucho”, clausurado, convertido en silencio, en tiempo detenido.

La pesquisa fue lenta y alegre. En cada hallazgo un relato, una anécdota, un detalle de su propia historia que no vacilaba en contarme sin nostalgia, feliz de que hubiera sucedido, porque todo aquello daba aliento a la integridad de su presente. Para mí aquello era un avanzar retrocediendo. Revistas, fotos, ropa, documentos, periódicos y baratijas. Todo desembocaba en un nombre y este, en un suceso, intrascendente o sustancial, que venía a componer en detalle el paisaje del pasado. El hambre de la noche nos encontró en medio de un gran desorden. Pero bastó algo de pan y agua caliente para saciar la incomodidad sin distraernos de aquella celebración de lo pasado. Las cajas eran puertas abiertas y ella rejuvenecía al atravesarlas. Mientras, yo crecía inevitablemente, intuyendo las certezas de un devenir que ella parecía conocer desde siempre.

Poco después comprendí por el entusiasmo de su gesto que al fin habíamos dado con lo que ella quería. Debajo de unas bolsas llenas de ropa, casi escondida en lo más lejano de la baulera, una maleta. El cuero, si bien rígido, era agradable al tacto, y aun envejecido por las distancias del tiempo conservaba su dulce aroma. La empuñadura oscurcida, con pequeñas rasgaduras en los costados como heridas. Los herrajes, las cantoneras de chapa herrumbrosas, se resistían a la entrega pero, al fin, cedieron con un leve chirrido. Ambos hicimos silencio, lo recuerdo bien. La maleta sobre la cama, abierta como una boca desdentada,

y nosotros inmóviles frente a ella conteniendo el aliento y un impulso de ansiedad, ceremoniosos. Y otra vez la interjección, el “ay” flemático, apacible. Luego, “Ángel”, silencio otra vez, y comprender en ese instante un antiguo devenir incesante e inagotable. Comprender por fin que ella lo sabía, que había esperado mi regreso, la incipiente madurez ganada a los años con la búsqueda y los desencuentros.

Aquella boca abierta exhalaba su aliento a libros viejos, papeles, humedad y tiempo. Eso era todo lo que contenía. Busqué sus ojos, los diminutos ojos verdes de la tía Nelly, que por primera vez en aquel día se esforzaban en contener el fluir creciente de un llanto antiguo. Los busqué y los hallé en el gesto imperceptible de aprobación, bajo la luz amarillenta que colgaba del techo.

Como catalogando una biblioteca antigua, con la sensación de que iban a romperse entre mis manos, fui sacando uno a uno los libros: dos diccionarios de español, un pequeño Larousse básico de 1963, una enciclopedia ilustrada; un tomo encuadernado de la revista *Alrededor del Mundo*, editada en 1899 y fundada por Manuel Alhama-Wanderer; la primera edición en español de *La Rama Dorada* de Frazer, editada en 1944; *Los cantos de Maldoror*, traducido y prologado por Julio Gómez de la Serna; algunas novelas negras; *Pasado amor* y *Los desterrados* de Horacio Quiroga; una curiosa edición de *El tabaco y el diablo* y *Los engranajes* de Ryūnosuke Akutagawa; las *Aguasfuertes porteñas y españolas* de Roberto Arlt; *La hora de María* y *el pájaro de oro* de Gudiño Kieffer; *Molino rojo* de Jacobo Fijman en su primera edición de 1926; unas pocas páginas de lo que fue un libro de poesías de Almafuerte. Algunos de estos, ahora mismo frente a mí, fieles compañe-

ros de todo viaje. Los otros, unos pocos sin mayor valor, relegados hoy a estanterías inalcanzables.

No volví a escuchar su voz, no hasta dar con los cuadernos que esperaban debajo de los libros y en un rincón de la maleta, un sobre hinchado de papeles y libretas mimetizados con el amarillo de la tela desteñida que en algún tiempo pretendía engalanarla. Su voz volvió para contarme, orgullosa y exaltada pero sin estridencias, otra de las tantas cosas que yo desconocía: Ángel Varela había asesinado. Ángel Varela era analfabeto, lo había sido. Ángel Varela había estado preso durante años. Ángel Varela, en aquella reclusión, en el centro de su austera vida, había aprendido las letras y el olvido.

La sorpresa desdibujó aquella imagen estática y silenciosa que conservo como recuerdo. Ella también sabía de eso, del extrañamiento, de aquella incompatibilidad entre el pacífico recuerdo y el violento acaecer de la vida. Sabía que esto sucedería y supo esperar, mantenerse un paso al costado de los hechos. Había más. Con parsimonia acomodó su ancianidad junto a la maleta y miró aquella boca abierta ya casi vacía, seguramente atravesando los años, recomponiendo los paisajes, los rostros, los nombres. Era evidente que la deliberada ocultación le impedía narrar lo sucedido. Lo primero fue un nombre, Jacinto Maldonado, endurecido por el silencio que le siguió y detuvo la noche. Hubo suspiros sin ayes, desprendidos de un lugar intransitable. Después, la enumeración de circunstancias y otros nombres todo vago e impreciso. Habló del campo, de un cuchillo, y luego repitió “Jacinto Maldonado”. Mencionó a Clemente, Flora, Ángel. Fue fugaz la descripción de “El Ligerini, almacén de ramos generales”; aquel hartazgo y la bala, una sola bala que fue a dar en

la frente, “tercer ojo y ver crecer las flores desde abajo”. Había rabia y miedo. Como agotada, atravesada por los recuerdos, tomó el sobre abultado con las dos manos y lo acercó hasta mí:

—Él lo sabe tan bien como yo —dijo, frotándose los ojos.

Aún hoy me resulta complejo intentar describir mi emoción de entonces. Todo intento es precario, cualquier adjetivo, impreciso. Aquello fue un duro golpe en el costado de la memoria, un duro golpe que resignificaba el pasado.

El sobre que ahora tenía entre las manos, amarillento, pesado y oliendo como debe oler el tiempo, con tinta negra llevaba escrito al dorso: “A mi caro Ángel. H.B.”. Una vez más busqué los ojos de la tía Nelly, pero no di con ellos ni con la explicación que esperaba. Entre sus manos apareció una pequeña caja azul con letras que en algún tiempo remoto fueron doradas, y mientras la giraba con lentitud entre sus dedos, ella se perdía en lo que había detrás, dentro.

Aprisionados, los cuadernos y las hojas sueltas se resistían a salir. H.B. Trazo desenfrenado, palabras apretadas unas tras otras, extensa cadena de signos negros y azules, tachones.

Comencé a leer, esforzándome en descifrar la caótica caligrafía. Los cuadernos tenían, la mayor parte, sus páginas fechadas, dirigidas a un tal Ulises. Misivas extensas, breves, dispersas. No comprendía nada de todo aquello. ¿Quién era Ulises? ¿Qué significaba H.B.? Continué buscando entre las hojas, atravesé líneas furibundas, algunas descripciones del cerro, el nombre de Ángel y el de la propia tía Nelly, que no aparecía aquí sino con su nombre de pila, Anneris. Continué atravesando el

silencio de ella y los manuscritos hasta dar con el nombre que se escondía tras las siglas: Helmut Brodovsky. Aún de pie frente a la maleta, quise preguntar de quién se trataba y por qué nunca había mencionado aquellas circunstancias, ni su nombre. Pero ella, cabizbaja observaba en su palma tendida los anillos dorados que relucían dentro de la pequeña caja azul.

—Nunca se casó, nunca le conocimos otra mujer y todo por culpa del... —contuvo el insulto apretando los labios, las muelas—, todo por culpa de Maldonado. Nadie se imaginó jamás que aquello sucedería así y pocos lo pudimos aceptar, pero así fue, así fueron las cosas. Esto no te lo conté antes —dijo—, y tampoco puedo hacerlo ahora.

Luego se abandonó a un largo silencio. Me senté a su lado sosteniendo aún el sobre, los cuadernos y las hojas que no me cabían en las manos. También me quedé en silencio, pensando en aquellos nombres, antiguos y nuevos para mí. Pensé en lo que había detrás, ese algo que hacía evidente la tristeza y la impotencia, no ante lo inevitable sino ante lo impredecible, que, sin alardes, había trocado sus vidas por otras.

No tardé mucho en dejarme llevar por la curiosidad. Volví a las páginas, a leer con avidez, en busca de algo que me explicara mejor de dónde provenía aquel malestar, ausente por completo en todas las historias que me había contado hasta entonces la tía Nelly. Fue inevitable que ella comenzara a leer de reojo esas tempestuosas letras y rompiera el silencio al llegar al claro de una de las páginas donde se leía: Helmut Brodovsky.

—Helmut llegó al cerro cuando yo era chica, no sé bien cuándo ni desde dónde, pero sí sé que tardaron bien poco en hacerse buenos amigos con el tío Ángel. Trabajó

un tiempo para él y con él en los campos y después se fue a la cantera. No se lo veía mucho por ninguna parte, apenas en El Ligerini y de vez en cuando, o en las librerías de Tandil. Él era quien más trabajo le daba a los carteros, salvando a doña Margarita, la dueña de los campos. Siempre le llegaban sobres o paquetes con libros. Pero era raro verlo por ahí. Quizás por eso es que se hicieron amigos. Se visitaban todos los domingos, bien temprano. Él fue quien ayudó al tío Ángel cuando lo de Maldonado. Ese era como parte del cerro, el muy hijo de...

Cerró con un gesto rápido, violento, la caja de los anillos. Se puso de pie y salió hacia la cocina. Yo continué pasando páginas, leyendo frases sueltas, buscando una señal o algo que me permitiera saber más y poder preguntarle cualquier cosa que explicara mejor el porqué de su negación a contarle todo como solía hacer, en detalle, deteniéndose en los pormenores con alegría.

Cuando ella volvió yo aún no había hallado nada que justificara mi irrupción. Volvió con una expresión seria y los ojos húmedos y cristalinos. Sólo entonces su cuerpo se descubrió ante mí empequeñecido por los años. Los hombros hacia adelante, cansados; la espalda ligeramente replegada hacia el pecho; las arrugas, pálidas. Traía el mate renovado, un plato con quesos, algo de fiambre y pan. No hizo falta que yo hablara, como si el llanto que fue a ocultar en la cocina le hubiera limpiado el dolor del tiempo.

—Una tarde estábamos con Clemente sentados en el comedor. Él leía el diario y yo había empezado a tejer una manta para el tío Ángel. Una tarde más de tantas tardes, cuando alguien tocó el timbre. Por la forma de hacerlo supimos que no era alguien conocido porque no tocó

tres veces, ya sabés, dos cortos y uno largo. Salimos los dos, claro que antes, Clemente miró por la ventanita de la puerta como un cucú; imposible sacarle esa costumbre. Detrás del portillo nos encontramos con un hombre delgado, viejo pero de buen porte, enfundado en un traje negro con sombrero y pañuelo al cuello. Con voz ronca empezó por pedir disculpas y después preguntó por Ángel Varela. Clemente y yo nos sorprendimos, Ángel nunca recibía visitas. Le dijimos que estaba enfermo, bastante débil, era verdad, y le preguntamos su nombre. Levantó la mano muy lento, yo pensé que se iba a quitar el sombrero para presentarse, pero no. Se alisó la barba de unas pocas semanas, inclinó la cabeza y quedó pensativo. El ala del sombrero me impedía verle los ojos. Por un segundo creí que se había dormido de puro quieto que estaba. Clemente me miró encogiéndose de hombros. Yo no dije nada aunque intuí algo familiar y cercano en su manera de hablar, de estar parado ahí, tan tieso. Se le notaba en la ropa que no tenía mujer. Cuando le miré los zapatos, vi que había una caja en el escalón. Él la estaba mirando y con una agilidad que yo no esperaba se agachó para agarrarla y dársela a Clemente. Todo en un solo gesto. Cuando tuvo las manos libres, encendió un cigarrillo y dijo con gravedad: “Esto es para Ángel, háganselo llegar, por favor”. Ni siquiera tuvimos tiempo de preguntarle nada porque en cuanto dijo esto dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la esquina. Hizo unos pocos pasos y se detuvo, se volvió hacia nosotros como escondido debajo del sombrero y murmuró: “Siempre los jazmines en la puerta... son como una bienvenida”. Alzó la mano y siguió camino. Fue todo muy raro. Los dos nos quedamos parados ahí, detrás del portillo, viendo como se alejaba

con paso firme y tranquilo, medio encorvado, dejando una estela de humo cada tanto.

Ella parecía haber recuperado un poco de su alegría inicial. Gesticulaba con ligereza, abandonaba el mate entre un ademán y otro. Sin lugar a duda había vuelto a vivir por un momento aquellos tiempos. Parecía haber apoyado sus manos sobre la espalda de Clemente, como si todavía siguiera ahí, y de nuevo volver a sentir la extrañeza y la cercanía ante aquel hombre.

—Entramos en casa y pensamos en abrir la caja. No era de esas paranoias que existen hoy de bombas y amenazas, aunque eran buenos tiempos para eso. Pero decidimos que si estaba destinada para el tío Ángel, era él quien debía abrirla. Nos fuimos a su cuartucho. Por aquel entonces lo habían operado otra vez y casi no se levantaba. Yo le hacía un poco de enfermera, cocinera y todo lo que hiciera falta. Saber cómo lo encontraríamos era fácil: leyendo. La ventana bien abierta, entre la pared y la espalda, la almohada, que parecía vencerlo muy lento. El tero le dio el aviso y antes de golpear la puerta ya nos estaba invitando a pasar. Primero Clemente, que se quedó parado, después yo, que me senté a los pies de la cama. Le explicamos lo que acababa de suceder y se incorporó un poco, sonriendo como si supiera algo del asunto, aunque de tanto en tanto se le desdibujara el gesto por el dolor. Nunca, nunca lo escuché quejarse. Jamás. Puso la caja sobre las piernas, sobre el libro que leía y cuando la abrió, la mueca en la sonrisa se fue haciendo tos. “¿Se le ve tan viejo como a mí?” preguntó jovial y burlón entre sacudida y sacudida, tapándose la boca con una mano y sujetándose el pecho con la otra. Nosotros seguíamos sin entender nada y él se dio cuenta de eso. Conteniendo la

tos, un poco sorprendido, nos preguntó si no lo habíamos reconocido. Lo cierto era que no, ni sospechas. Clemente movió los libros que había sobre la mesa de noche y se apoyó sobre ella. Entonces el tío Ángel nos mostró esas hojas, los cuadernos y el sobre: “A mi caro Ángel.”, y después dijo: “Es la única persona que conozco capaz de hacer esto.” Vaciló un momento y continuó: “Encontrarme después de tantos años, presentarse aquí, sin más, y dejar esto para mí. Ese no es otro que Helmut”. En ese momento sentí culpa, y Clemente también. Culpa de no haber preguntado, de no insistir, de no haberlo reconocido e invitarlo a pasar.

La tía Nelly parecía al fin reconciliarse con aquel desconcierto, como si al contármelo después de tanto tiempo, de tanto silencio, el peso de la culpa se le hiciera liviano. Volvió a los largos silencios y la mirada sosegada fija en lo pasado, apenas tensa la comisura de los labios. Contemplaba la pequeña escena: el tío Ángel, la caja, Clemente sentado, el breve espacio entre la cama y la pared ocupado por sus piernas, la puerta abierta y el tero desgañitándose entre los surcos de la quinta en plena eclosión de la tarde de aquel entonces. Así la sentí siempre, así lo sentí aquella madrugada. En su templanza ella parecía volver como atravesando una puerta de un salto súbito a aquellos lugares que narraba. Ya no había desasosiego en su mirada.

—Ya era de noche cuando salí a llevarle la cena. Desde la puerta de la cocina vi su sombra a través de la ventana del cuartucho, moviéndose en el diminuto espacio. Cuando le golpeé la puerta, esperando como de costumbre a que me dijera: “Pasá, Nelita”, me sorprendió abriéndola él mismo. Estaba de pie, con unos papeles en la mano de los que nunca apartó la vista. Ni siquiera dijo algo. La

cama estaba cubierta de hojas y cuadernos abiertos, la caja vacía sobre la almohada. Me quedé mirándolo. Con el poncho puesto y descalzo, caminaba los tres pasos que se podían caminar entre la mesa de noche y la puerta. Leía con desenfado, pasaba las hojas, sorprendido o enojado, no lo sé. Distraídamente hizo un hueco sobre la cama y ahí dejé la bandeja con la cena. Tuve la intención de preguntarle cómo estaba pero era evidente que desde hacía tiempo no tenía tanta vitalidad. Parado ahí, lo veía entero y entusiasmado. Preferí no decir nada y salir. Ni siquiera me atreví a volver esa noche a buscar la bandeja. Era tarde cuando me fui a dormir y aún estaba su luz encendida.

A la mañana siguiente, muy temprano, Clemente se levantó como de costumbre, para trabajar la quinta y yo me quedé remoloneando un poco. Cuando fui a llevarle el primer mate, vi que las ventanas de la habitación del tío estaban abiertas. Clemente me dijo que ya cuando él salió estaban así. Entonces me acerqué y al asomarme vi que ahí estaba, tapado hasta la nariz, leyendo un cuaderno como esos de escuela. En la caja había unas cuantas hojas y el cuartucho parecía un poco más ordenado.

En este punto se detuvo, volvió a perderse en el recuerdo, buscando algo. Yo dejé en silencio que ella fuera tras las palabras, porque era eso lo que perseguía, las palabras adecuadas para intentar describir la fuerte impresión que le causara el rostro del tío Ángel escondido detrás de las páginas. Un rostro rejuvenecido, extraviado en el secreto legado por su viejo amigo, quizás el único. Pero no hubo más que silencio y una mueca vaga, la resignación en las manos, la frente y la única forma posible que halló para explicar ese extravío:

—Se leía, y eso fue todo... Se leía —repitió.